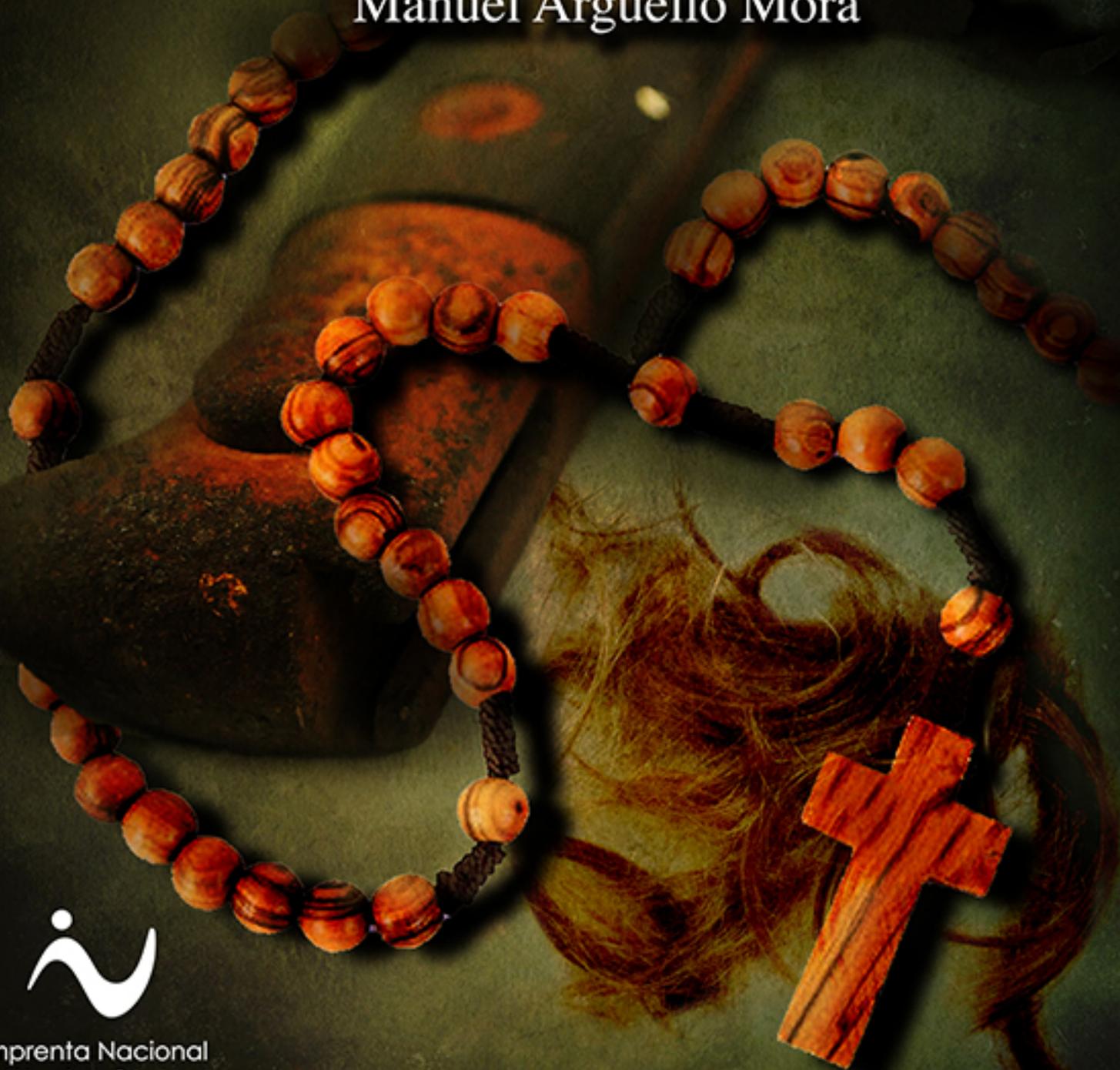


Elisa Delmar

Manuel Argüello Mora



Imprenta Nacional
Editorial Digital

C.R. 863.3

A694e Argüello Mora, Manuel

Elisa Delmar [recurso electrónico] / Manuel Argüello Mora.

– 1ª ed. – San José : Imprenta Nacional, 2014.

1 recurso en línea (20 p.) : pdf ; 349 Kb

ISBN 978-9977-58-413-3

1. Cuentos costarricenses. I. Título.

SINABI/UT

14-20

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.



Imprenta Nacional
Editorial Digital

ELISA DELMAR

MANUEL ARGÜELLO MORA

ELISA DELMAR

NOVELA HISTÓRICA

Novelas históricas llama Argüello Mora a ésta y a otras de sus publicaciones. Sin embargo, no pueden considerarse como tal: ni son novelas por la extensión, ni corresponden a lo que suele llamarse novela histórica, ya que si bien se alude en ellas a hechos de la historia nacional, tales hechos quedan fuera de la trama novelesca. Es probable que en este autor influyeran los Episodios Nacionales de don Benito Pérez Galdós, que coinciden cronológicamente con las que él llama novelas históricas. Juzgamos que es más adecuada la designación de cuentos, o bien la de tradiciones, que también emplea el señor Argüello Mora.

A LA DISTINGUIDA SEÑORITA CELINA MATA,
DEDICA ESTA OBRITA

EL AUTOR.

I

Elisa Delmar no sólo era una de las más bellas flores del jardín que riega el torrentoso río Barranca, sino que su angelical bondad y su constante predisposición al sacrificio y a la renuncia del goce propio en cambio del ajeno, hacían de ella una hermana de caridad en la población de Esparta, donde nació y pasó la mayor parte de su vida.

No podía ser de otro modo la que debió el ser al gallardo centroamericano, al héroe sin miedo y sin reproches, en una palabra, al General don José María Cañas.

En efecto: tanto la naturaleza como la educación se propusieron a porfía hacer de Cañas uno de los más simpáticos y hermosos tipos de la belleza humana; pues así en lo físico como en lo moral, el general Cañas fue un modelo de perfección en su género.

Difícil sería imaginar una figura tan bien delineada y tan brillantemente dotada por la naturaleza, como lo fue la del general Cañas.

De alta y esbelta estatura, de azules y grandes ojos velados por espesas pestañas, con una nariz aguileña y una boca de donde jamás salió una sola frase ofensiva para nadie, Cañas practicó todas las virtudes, menos una: la fidelidad conyugal.

Esa sujeción le fue imposible, porque el fogoso guerrero, discípulo de Morazán, amaba a todas las mujeres. A las rubias porque eran dulces y suaves, a las morenas porque eran emprendedoras y activas, a las flacas porque no eran obesas, y a las gordas por sus redondas y esculturales formas. Cañas pasó su vida amando y siendo ardientemente correspondido.

Más de treinta retoños sembrados en los cinco estados Centroamericanos, debieron la existencia al bizarro soldado que no conoció el miedo, y a quien sólo se pudo hacer el ligero reproche de inconstancia en el amor.

Elisa Delmar fue el fruto de una de esas momentáneas constancias en su inconstancia habitual.

Berta Delmar, chiricana despierta y graciosa, vino a Costa Rica por asuntos de familia y no volvió a su país porque se encontró con Cañas en unas fiestas de Esparta y cuando debía volver, el nacimiento de Elisa se lo impidió en parte, y en mucho motivó su larga residencia entre nosotros, la esperanza de ver de vez en cuando al padre de su Elisita. (*)

(*) Es muy difícil determinar hoy si los personajes de este relato existieron realmente o no. Todo parece indicar, pues, que el autor tomó nombres de personas existentes y conocidas en la época en que él actuó (alrededor de 1860) y más adelante se sirvió de sus nombres ligándolos a tramas de fantasía que le permitieran conservar cierta verosimilitud.

Lo raro en esa vida de continuas aventuras de amor es, que pocos hombres fueron más cariñosos, más amables y complacientes con su esposa legítima, que lo fue Cañas. Jamás salió de sus labios una palabra dura para su Lupita, la madre de sus legítimos hijos. Lupita era adorada por su esposo y éste se excusaba y defendía con tal gracia en sus continuas infidelidades, que no era posible guardarle rencor; pues siempre logró dejar en el ánimo de su Lupita la duda de la existencia de los hechos imputados al marido intachable en lo demás. La campaña nacional contra Walker duró más de año y medio y todo ese tiempo estuvo Cañas ausente de su hogar. Todos los generales, oficiales y soldados que hicieron la campaña se alternaban yendo y viniendo a Nicaragua. Cuando el cólera morbus hizo oír al ejército el “sálvese el que pueda”, casi todos los expedicionarios volvieron a sus casas en la esperanza de librarse de la terrible peste. El único que permaneció firme en su puesto desde que comenzó la guerra hasta que concluyó, fue Cañas.

En efecto, a la cabeza de un puñado de liberianos sostuvo Cañas el honor nacional, oponiéndose solo, contra Walker y practicando prodigios de táctica y de valor. Uno de esos hechos de armas le valió el nombre de Jenofonte Centroamericano, dado por el mismo Walker a su incondicional enemigo. Elisa, pues, no sólo amaba en Cañas al que le dio el sér, sino que su vanidad era dulcemente lisonjeada por ser hija, aunque natural, del célebre y simpático guerrero. Elisa no olvidaba la primer caricia que Cañas le había hecho cuando la mamá la presentó a su padre. -Chica- la dijo, pasando sus manos por los cabellos de la niña- eres tan linda, que las gentes te tomarán por hija mía.

II

La afección filial de Elisa monopolizaba casi su ánimo, pues primero Cañas y en seguida de éste Berta, su madre, eran casi los únicos afectos que descollaban en su corazón. Contra esa fortaleza defendida por dos grandes atracciones, se estrellaron muchos y emprendedores Lovelaces. Uno sobre todo, pasó su juventud solicitando un adarme de amor siquiera, de la que ellos llamaban fría Elisa. Alberto Villalta, colombiano de buena familia que emigró a Costa Rica por asuntos políticos, fue el más sincero y emprendedor de los enamorados de la hija de Cañas.

Ella lo recibía con agrado y con placer, pero por más que hizo, no logró amar al jovenzuelo bien parecido y simpático, más que como a un amigo.

Berta amonestaba a su hija para que eligiera al futuro compañero de su vida, mas ella contestaba siempre que no era de rigor que la mujer tuviera compañero, que tantas jóvenes bonitas y aún muy agradables habían pasado su vida solas con sus padres y no habían tenido por qué arrepentirse, mientras que a ella le constaba los sufrimientos porque pasaban algunas de sus amigas a consecuencia de haberse mal casado.

En ese estado las cosas, desembarcaron en Puntarenas los que pocos días después debían ser mártires de su patriotismo, esto es, los generales Mora y Cañas.

Ese acontecimiento fue una fiesta llena de promesas y de ilusiones para los amigos de ellos, y de terror y de espanto para el gobierno de hecho que regía a Costa Rica.

Elisa no se contaba entre esos dos extremos porque ni tuvo ilusiones, ni los terrores de quien todo lo teme de la justicia del cielo.

Elisa era una sensitiva, como todas las flores y avejillas de su género. Elisa juzgaba de los sucesos, no según su inteligencia y su razón, sino conforme se lo indicaba el corazón, que es el instinto de las mujeres. La cabeza se engaña a menudo, el corazón raras veces.

Visto pues el desembarco de Mora y Cañas a través de ese lente que iluminaba los acontecimientos, fue Elisa presa de fúnebres y siniestros presentimientos que la desesperaron. ¿Qué hacer? ¿Cómo evitar el sangriento fin que su instinto filial le señalaba?

Pensó en Alberto y se dijo: “Sólo las grandes pasiones producen grandes resultados; el hombre que ama ardientemente es capaz de todo, por obtener el amor del objeto amado”.

Tuvo, pues, con Alberto la siguiente conferencia:

Elisa. —Es tiempo ya, Alberto, de que hablemos como personas serias. Usted pretende amarme con pasión, y sin esperanza de variar de sentimientos. Yo le he manifestado mil veces que no me es posible engañarlo, fingiendo un amor que no siento, pero si usted se conforma con hacerme su esposa, a sabiendas de lo que pasa, convengo en casarme con usted; pueda ser que una vez casada, la vida conyugal atraiga y convierta en amor mi actual amistad.

Alberto. —Triste y desesperante es el frío celaje que usted me ofrece en perspectiva, pero todo lo acepto, menos el peligro de que usted pertenezca a otro hombre y de que llegue a amar a otro que no sea yo. Acepto su sacrificio, Elisa, ¿con qué condiciones?

Elisa. —Con una sola. Soy hija natural del mejor de los hombres, del general Cañas, y mi corazón me anuncia próximas y terribles soluciones con respecto a él. Si usted me ayuda a salvarlo, si logramos que no sea sacrificado y que pueda volver a San Salvador, yo seré su esposa. Si tal cosa no sucede, yo me dedicaré al alivio de la humanidad doliente. Seré Hermana de Caridad.

Alberto. —Aceptadas sus condiciones, desde luego me pongo incondicionalmente a sus órdenes y tanto mi inteligencia, como mi energía física, sólo se ocuparán del objeto deseado.

III

La historia nos dice lo que pasó en esa punta de arenas y manglares, en catorce días de combates, de traiciones, de heroísmo y de legendarias luchas. Los generales Mora y Cañas y sus amigos, el 27 de setiembre de 1860 ya no trataban de vencer, sino de morir con honor. La muerte los acechaba y sólo era cuestión de tiempo. Describamos al acaso una de tantas escenas que precedieron a la fatal toma de La Trinchera.

Era el 27 de setiembre. Conocido es lo que se ha llamado La Angostura, esto es, un estrecho istmo como de cuarenta varas de ancho entre el mar y el estero en la lengua de tierra que forma el puerto de Puntarenas. A veces en las altas mareas este istmo queda reducido a un espacio de cinco varas. Allí es donde se construyó la famosa Trinchera, con grandes tablones de madera de cuadro. Una cubierta de manta formaba el techo con que se abrigaban del agua y del sol, sus defensores.

Nueve grandes cañones colocados en semicírculo, defendían y barrían el camino. Cada pieza estaba al mando de un oficial. Como casi todos fueron mártires y se batieron como héroes, justo es que aquí consignemos sus nombres. El número primero estaba al mando de don Leonidas Orozco, los siguientes al de los señores don Antonio Argüello, don José de Jesús Quesada, don Frutos Mora, don Francisco Castro, don Evaristo Fernández, don Alberto Villalta y dos alemanes amigos de don Guillermo Nanne.

Eran las seis de la tarde. Un corneta y un tambor ejecutaban el toque de la oración. Todavía en esa época se practicaba la ordenanza militar española, y las guarniciones, a esa hora en que los cristianos dirigían sus ruegos al Todopoderoso, hacían lo mismo, y oficiales y soldados, con la cabeza descubierta y de pie, repetían la oración que el cabo de la guardia en voz alta pronunciaba.

Concluida la ceremonia, que por última vez debían practicar la mayor parte de aquellos pobres predestinados a la muerte al día siguiente, cada uno volvió a sus quehaceres. El viejo Cañas, vestido con su pintoresca camisa roja de lana, se recostó sobre la cureña de un cañón y saturado de mortal tristeza contemplaba un cuadrado que contenía dos retratos: el de su Lupita y el de *Pincho* o Francisco Cañas, su primogénito, que apenas tuvo tiempo de abrazar al salir de El Salvador, a donde llegó *Pincho* la víspera. Hacía cinco años que *Pincho* estudiaba el comercio en Valparaíso y volvía a su casa dichoso y adorado por todos los que lo trataban, porque *Pincho* era el mismo general Cañas cuando era adolescente. Hermoso y elegante, simpático e inteligente, *Pincho* llegó a San Salvador la víspera que su padre.

Mas cuando el viejo general contemplaba su retrato, prometiéndose mil gozes en la sociedad de su hijo, ya éste había volado a las regiones de la muerte: una fiebre maligna lo arrebató a su familia.

Cañas murió sin saber que su hijo lo había precedido en el camino de la eternidad.

¡Terribles decretos del destino, que había condenado a Lupita, la santa esposa del general Cañas, a perder en una sola semana a su marido, a su hijo primogénito y a su hermano mayor (don Juan Rafael Mora), quedando abandonada y sin recursos en el ostracismo que había compartido con su marido! Ya viuda, mártir, y madre de numerosa prole, tuvo que ganar con su trabajo personal en extranjera tierra, el amargo pan de la proscripción.

Los demás jefes y oficiales, cuál más, cuál menos, todos pensaban en su familia ausente, en su vieja madre, en la joven hija y en la prometida esposa. Alberto Villalta pensaba en su Elisa, y acariciaba su cañón, como al amigo a quien debería el amor de la hija de Cañas. Alberto se enganchó al servicio de Cañas, con ánimo de hacer cuanto en su mano estuviera para salvar al viejo guerrero o para morir con él.

Todas esas *reveries* cesaron al escuchar la terrible voz del cañón enemigo. En efecto, dos balas rojas unidas por una cadena, habían penetrado en el campamento, herido a un soldado, y destruido completamente el techo de la tienda de campaña que abrigaba a los jefes.

La juventud es siempre y en todas partes la luz y la alegría de la vida. Todo lo que pasa en esa primavera de la existencia, es motivo de placer y manantial de risas y chanzas.

Así fue que los jóvenes oficiales, jefes de las piezas, un momento antes tristes y mustios, reían a carcajadas al ver a la cocinera del campamento, la popular y célebre *Liberia*, furiosa contra los poco diestros artilleros del enemigo, que en vez de matar soldados, le habían destruido y dispersado las cazuelas y platos listos para la cena.

En esos momentos, el solemne silbido de una bala de cañón atravesaba de sur a norte, esto es, del mar al Estero, a una grande elevación sobre La Trinchera. Era el aviso convenido con los comandantes de las lanchas cañoneras, quienes debían con esa señal indicar que había novedad o peligro inminente para los defensores de La Angostura.

Esas dos lanchas armadas, una con dos cañones y la otra con sólo uno, pero de grueso calibre, las mandaban: la que ocupaba el mar abierto don Guillermo Nanne, y la que recorría el Estero, el bizarro inglés, capitán Rogers, cuya larga vida ha sido dedicada sólo al servicio de Costa Rica. Hoy vive aún en Puntarenas, lleno de gloria y de años, y rodeado del respeto y cariño de los costarricenses.

Cada arruga de su venerable rostro es una página de heroicos sacrificios por su patria adoptiva.

—¡A las armas!— exclamó Santander, el segundo de Cañas, chileno de buena familia, valiente y buen mozo, a quien el destino condujo a nuestras playas en esa época. Al instante estuvo cada hombre en su puesto.

Sólo el general Cañas permaneció tranquilo y no abandonó su cómodo lecho, esto es, la cureña de su cañón. Y es porque esas alarmas eran tan frecuentes, que ya no le llamaban la atención. Además, su larga experiencia de la guerra le indicaba que aún no se trataba del asalto. Sólo dijo sonriendo y con su gracioso ceceo habitual: —Muchachos, no... no... no hay que ol... ol... olvidar que, que, que perro que ladra no... no... muerde. No es mi ánimo contar ahora el sangriento combate que tuvo lugar el día siguiente, y que concluyó con la toma de La Trinchera.

En otra obrita de este mismo género encontrará el lector la relación de este trágico suceso. Por ahora sólo relacionamos la historia del cruento fin de Cañas.

IV

En setiembre de 1860 desembarcaron Mora y Cañas en Puntarenas, llamados por sus numerosos partidarios. Para la generalidad de los moristas aquella entrada triunfal fue una fiesta que auguraba próximos y venturosos acontecimientos. Mas no para ciertas sensitivas, que, como Elisa, viven de amor y cariño. La llegada de Cañas la impresionó penosamente, sin explicarse el motivo; algo como el don del adivino tienen los corazones amantes y apasionados, y ese algo anunciaba a Elisa desconocidos infortunios y siniestras soluciones. El instinto de su cariño filial fue más previsor que las indicaciones de su cerebro, y ese instinto la hizo presentir al través del denso velo que cubre el porvenir, y a pesar de los halagadores mirajes del presente, los trágicos desenlaces del ciego destino.

El general Cañas en su visita de inspección a Esparta, antes que el Gobierno hubiera tomado el paso del río Barranca, estuvo unos instantes con su hija. Esta le suplicó que le permitiera coserle en la camisa un pequeño escapulario de la Virgen del Socorro, que esperaba, decía ella, lo libraría de las balas. Cañas, riendo y chanceándose, aseguró a Elisa que desde ese momento sería inexpugnable, “cosa de poca monta”, añadía con el ceceo que acostumbraba, “porque... que... que... los vie... vie... jos... co... co... como yo no sir... sirven pa... para mal... mal... di... dita la co... cosa”.

Luego siguieron los fatales e inexplicables desastres que condujeron a Mora y a Cañas al banquillo de los ajusticiados. Un consejo de guerra compuesto de sus más encarnizados enemigos, los condenó a muerte. Aquél fue ejecutado el 30 de setiembre. Imposible pensar que Cañas tuviera la misma suerte: primero, porque el mismo consejo de guerra, a pesar de su parcialidad, recomendó el viejo general a la clemencia del gobierno, pidiendo que se le conmutara la pena de muerte por la de destierro perpetuo; segundo, porque transcurridas 48 horas después de la muerte de Mora, la calma había reemplazado a la excitación que sigue a los combates; y tercero, porque la popularidad de Cañas era tal, que se consideraba peligroso el llevar las cosas a ese extremo, que quizá acabaría con la paciencia del soldado. Muy pocos serían los milicianos que componían el ejército expedicionario del gobierno, que no hubieran militado bajo los órdenes de Cañas. ¡Cuál sería el asombro de amigos y aun de enemigos de Mora, al saberse que a las tres de la madrugada del dos de octubre había llegado a Puntarenas un emisario del gobierno, cubierto de lodo, y después de reventar dos caballos. Ese correo de la muerte había traído la orden de fusilar al heroico y viejo guerrero, dentro de las dos horas siguientes a su llegada. (*)

(*) Se llamaba el infortunado mensajero Ramón Castro Araya.

V

Era el dos de octubre de 1860. Las tres de la mañana apuntaba un reloj que colgaba de una de las paredes del gran salón, donde esperaban su mísero destino varios de los prisioneros tornados en el combate de La Trinchera, o que voluntariamente se habían presentado a merced del vencedor.

Un batallón entero rodeaba esa prisión que contenía lo que aún quedaba viviente de los amigos que acompañaron a Mora en Puntarenas. Entre ellos corrían gran peligro aún, el general Cañas, el coronel del mismo apellido hermano de aquél, el capitán Leonidas Orozco, y el señor don Manuel Argüello. El trágico fin de don Juan Rafael Mora los tenía anonadados.

Tronaba el rayo en el firmamento y caía aguacero diluviano, cuyos ruidos apenas dejaban percibir los bramidos del océano enfurecido por el huracán.

Sin esperanza de conciliar el sueño, se recogieron unos después de los otros en unas camas-tijeras y guardaron silencio por consideración a Cañas. Cuando parecían todos dormidos, como a las dos de la madrugada, el centinela de la puerta se acercó de puntillas al lecho de Cañas y con los ojos llenos de lágrimas, contempló silenciosamente su varonil y simpática figura.

Quien tales muestras de ternura no pudo ocultar, era un soldado joven, casi adolescente, bello como un adonis, y en cuyo rostro aún no se asomaba una sola señal del vello que distingue al sexo fuerte. Como uno de los brazos de Cañas colgaba fuera del lecho, el soldado se acercó, se arrodilló y le besó... la mano. Cañas despertó al sentir el perfumado aliento del gentil soldado, y se sentó... El soldado se excusó diciendo: que por la agitación que en su sueño manifestaba el general, pensó que quizás sufría de una pesadilla, y decidió despertarlo. ¡Cuál sería la sorpresa del general al reconocer en el soldado a su hija Elisa, que se había cortado el pelo, disfrazado con el uniforme militar y enganchado como voluntario en el ejército del gobierno! A la media oscuridad que había en el salón, mantenida por un solo farol o linterna, con una sola vela, manifestó Elisa a Cañas el objeto de su venida allí.

Se trataba de que en el acto cambiase su vestido por el de un oficial, que consistía: en un pantalón de lana azul, y una camisa roja, a lo Garibaldi, vestido que en esa expedición usaron aun los más altos jefes, como Blanco y don Francisco Montealegre. Así disfrazado, debía Cañas atravesar la guardia, seguido y rodeado por cuatro jóvenes soldados, amigos de Elisa que esperaban en la puerta.

Cañas vaciló... La dijo que él creía no había ya motivo para temer otra solución de aquel drama, que el destierro que se verificaría cuando pasara el vapor, y que el paquebote lo esperaban ese día mismo.

Elisa insistió y suplicó, asegurándole que corrían en el ejército siniestros presentimientos de extraordinarios sucesos. Es imposible, dijo Cañas, que después de cuatro días de calma se pretenda hacer nuevos asesinatos políticos, y que él creía y aún tenía fe en los sentimientos de gratitud del pueblo de Costa Rica, por los servicios que él había prestado en Nicaragua, etc.

Elisa lloraba y de rodillas le rogaba que la siguiera, cuando se oyó un redoble de tambor y un lejano sonido de corneta. Elisa palideció y procuró forzar cariñosamente a Cañas para que la siguiera; mas pronto se oyeron pasos acelerados de personas que se acercaban, luego apareció al frente de un grupo de militares, un oficial con una linterna sorda en una mano y un revólver en la otra. Lo seguían el General Blanco y varios oficiales. Elisa apenas tuvo tiempo de llegar a la puerta, tomar el rifle y colocarse en su puesto.

Entró al salón el fúnebre grupo y el oficial cuyo vestido manaba agua por todas partes y cubierto de lodo del camino, comenzó a llamar en voz alta a los prisioneros, que contestaban asombrados y medio dormidos. Concluida la revista, el fatídico capitán dijo en voz cavernosa:

—Que el General Cañas pase a otra pieza, donde debe estar separado de sus compañeros.

A pesar de lo terrible y espantoso que anunciaba esa orden, Cañas, con una sonrisa mezclada de tristeza y de desprecio al capitán mensajero de desgracias, le manifestó: que estaba listo a seguirlo. Pero antes de marchar, y mientras se vestía dijo a cada uno de sus compañeros de prisión algunas frases agradables. Al joven don Manuel Argüello dióle un abrazo, diciéndole:

—Esto me huele a viaje largo; al país de donde no se vuelve nunca.

Argüello quiso despreocupar a Cañas recordándole su popularidad, sobre todo, en el ejército.

—Allí precisamente está el peligro— contestó el General—; si yo fuera aborrecido, no me temerían, y me dejarían tranquilo; para probarte que no me engaño, vamos a hacer una apuesta: tus cigarros concluyeron, y yo aún tengo dos macitos, mientras que tú tienes fósforos, de los cuales yo carezco. Si me separan para fusilarme, mis cigarrillos te pertenecerán; y si al contrario, sólo se trata de una mera formalidad, tus fósforos serán míos. El premio pues, lo representan: para mí la caja de fósforos, para ti mis cigarrillos; adiós y que Él nos ayude a todos.

Y saludando al grupo de amigos, marchó tranquilo y sereno, para la pieza que seguía al salón.

Conocida es la célebre carta que en despedida escribió a su amigo íntimo don Eduardo Béeche. En sustancia decía así:

“Querido don Eduardo; dentro de unos momentos me habrán despachado al otro mundo; no temo el viaje, sólo me apena la suerte de mi Lupita, y la de mis hijos que quedan pobres, desterrados y sin apoyo.

En mi larga existencia he tenido ocasión de enfrentarme mil veces con la muerte; pero siempre la vi a través de la excitación de la victoria o de la pena y la vergüenza de la derrota. Hoy es diferente, pues la escuálida Parca me mira tranquila y se burla al considerarme víctima, no de mis enemigos, sino de mi Patria adoptiva, y de mis amigos.

¡No importa! Siempre he creído que el hombre es inmortal y que la muerte es el despertar de la vida; la aurora de una nueva existencia; que dentro de cuarenta minutos habré dejado de soñar y comenzaré a vivir en el lugar que Dios tiene destinado para los que hemos vivido según sus leyes, y haciendo cuanto bien hemos podido a la familia, a la Patria y a la humanidad en general.

¡Adiós! Dígale a Dorila su esposa, que no olvide a su viejo tío, a quien llamaba el corruptor de su marido; para corrupciones estoy ahora, que dentro de una semana ni los perros se acercarán a mi corrupto cuerpo.

Adiós y adiós... Esa mancha que parece de aceite, al principio de esta carta, no es más que una malhadada lágrima, que sin mi voluntad se escapó de mis ojos. De nuevo, adiós. Cañas”.

El viejo batallador salió de su prisión custodiado por una fuerte escolta. El pelotón de ejecución marchaba inmediatamente detrás de él. Cualquiera que no hubiera sabido que se trataba de ultimar a aquel hombre, habría pensado que quien mandaba la escolta era él, y que el pálido y tembloroso oficial que en realidad iba a la cabeza de la fuerza armada, era el destinado al último suplicio.

El General en jefe, Blanco, en vano solicitó, rogó y amenazó a todos los oficiales del ejército expedicionario, uno después de otro, para que obedecieran y mandaran hacer fuego contra Cañas. Todos se negaron a hacer el papel de verdugos del héroe de la Campaña Nacional. “Preferimos morir, a mandar a hacer fuego sobre nuestro valiente jefe”, dijeron todos. Por fin se presentó el mismo capitán que llevó de San José la sentencia de muerte y despertó a los prisioneros en la madrugada. ¿Quién ignora el nombre de ese fatídico acuchillador de inocentes y de heroicos personajes?

Ramón es su nombre de bautismo; buscad lector el apellido de esa fiera humana y lo encontraréis en la historia de Costa Rica siempre que se ha tratado de hacer mal a los hombres o a las cosas.

Para cada persona que encontró en el tránsito para los Jobos, tuvo Cañas una palabra agradable. Al uno lo saludaba y le preguntaba por su esposa o su hija. A la otra la llamaba por su nombre de convención, como lo hizo con la “Lorenza “ a quien vio en una ventana, en donde lloraba y gemía ya ronca y desesperada. “Sígueme, la dijo, pues te necesito en los Jobos”.

Llegado al mismo lugar donde fueron fusilados Mora y Arancivia, suplicó al oficial que le permitiera mandar el pelotón que debía darle muerte . El grosero militar le dijo que en Costa Rica sobraba quien lo hiciera, más al ver el gesto amenazador y hostil de los soldados, dijo: “Sea, pero que esto concluya pronto”. El viejo guerrero con voz llena, alta y clara, dio las órdenes.

—¡Atención camaradas...! Preparen... Apunten... aquí, al pecho, no tiren a mi cara... ¡fuego!

Un suave gemido se oyó y todo fue concluido.

A las doce del día dos de octubre, almorzaban los prisioneros que aún restaban vivos en el salón ya descrito antes. Apenas comían, silenciosos, tristes e inquietos, cuando entró la simpática y generosa Lorenza la *Realejeña*, gritando: “¡Asesinos, bandidos, ya lo estarán matando!” “¿A quién?”, preguntaban todos. En ese instante se oyó una descarga de fusilería...

—Ya no existe Cañas, esa descarga es la de la escolta que lo ejecutó. Aquí traigo un macito de cigarros que la víctima me entregó para que lo pusiera en manos de don Manuel Argüello. Dijo que aunque él había ganado la apuesta, pagaba porque ya no necesitaba ni cigarros, ni fósforos, pues en el otro mundo era prohibido fumar.

El oficial don Rosario Gutiérrez recogió la dentadura postiza que usaba el general y se la obsequió a Lupita, la viuda mártir.

EPÍLOGO

Antes de que se señalara en La Chacarita, el lugar donde deben sepultarse los cadáveres de los que mueren en Puntarenas, el camposanto de esa población lo era el nombrado Manglar, frente a la población, con el Estero de por medio.

Nada más triste y desolado que esa lengua de arena, situada al pie de las siniestras selvas de manglares, que tiene: al saliente las cumbres del Monte del Aguacate, al poniente las azules aguas del Golfo de Nicoya, al norte los manglares referidos y al sur, en lontananza, el grande océano, precedido de la punta de arenas en que está situada la ciudad del mismo nombre.

En ese arenal, abandonados de Dios y de los hombres, reposaron los restos de los que fueron los generales Mora y Cañas, hasta que un generoso hijo de la Francia, don Juan Bonnefille, los recogió y colocó en ricas urnas, que se depositaron en el panteón de San José. Que la tierra le sea ligera a él mismo; pues poco después murió, llorado por su respetable familia y por sus numerosos amigos.

Las olas del Estero a veces lamen esa arena, que apenas oculta los cadáveres que allí se depositan.

Dos años después del cruento drama que hemos relatado, una Hermana de la Caridad joven y bella, pero de una palidez y demacración excesiva, oraba allí arrodillada al pie de una pequeña cruz de madera. Acompañábale otra religiosa de la misma orden, ésta ya entrada en años. Eran, la primera, Elisa Delmar, la otra, la Madre Escolástica de la Visitación, superiora que había sido en Guatemala.

Elisa, desesperada por la prematura muerte del general Cañas, vivió seis meses en Esparta con su madre Berta. Mas éste último apoyo le faltó, a consecuencia de una fiebre biliosa que la llevó al sepulcro.

Sin lazos que la ligaran a Costa Rica y decidida a profesar en la orden de las Hermanas de Caridad, malvendió los pocos bienes que dejó Berta, y se marchó para Guatemala.

Un año después profesó y vivió algunos meses en el Hospital de la Antigua Guatemala, en donde fue apreciada en lo que valía, por sus compañeras y por las madres. Un día llegó en el correo la orden de la superiora de la corporación para que se embarcara con otras hermanas y una madre y pasaran a Montevideo a desempeñar una importante comisión. Así fue que al pasar por Puntarenas desembarcó allí, para visitar el sepulcro de Cañas.

Esta fue la última vez que tuvimos noticias de su existencia, y hoy ignoramos si vive o ha volado al Elíseo a juntarse con sus padres. Alberto Villalta, enfermo de incurable amor no correspondido, volvió a Colombia y se hizo matar en una de esas que llaman *folliscas* en Panamá, batiéndose como se baten los que nada tienen en la vida.



MANUEL ARGÜELLO MORA

(1834-1902)

Narrador, cronista, ensayista, periodista, político y abogado costarricense, nacido en 1834 y fallecido en 1902. Autor de una vigorosa producción narrativa que participa plenamente de los rasgos formales y temáticos del Realismo, está considerado como el fundador de la novela costarricense y uno de los grandes impulsores de la Literatura de su nación.

Hombre polifacético donde los haya habido, desarrolló a lo largo de su vida numerosas actividades profesionales y vocacionales, y desplegó una intensa labor política que, durante muchos años, estuvo estrechamente ligada a la figura egregia de su tío Juan Rafael Mora, que fue Presidente de la República de Costa Rica en dos legislaturas consecutivas (1849-1853 y 1853-1859). En sus textos literarios es recurrente la temática histórico-política, plasmada en el relato de ciertos episodios que, presentes con reiteración en diferentes trabajos, revelan la intención del autor de dotar a su nación de una leyenda fundacional vinculada a la implantación de la democracia liberal en el pequeño país centroamericano.

En efecto, Argüello Mora, en su empeño por repasar una y otra vez los acontecimientos de alto calado político que le había tocado vivir -entre ellos, el derrocamiento de su tío, acompañado de su condena a la pena de destierro y su posterior intento de recuperar, por vez tercera, el poder, lo que le llevó ante el pelotón de fusilamiento-, muestra una clara voluntad de establecer, en el espacio mitificador de la literatura, una serie de hitos que jalonan el destino de la joven nación en la que había venido al mundo. Y, aunque en esta proyección mítico-legendaria de la historia no queda excluida la vanidad personal (reflejada en la sutil vinculación de los destinos de la nación a los aciertos y fracasos de la familia Mora), lo cierto es que el primer narrador de las Letras costarricenses, al relatar episodios que él mismo había conocido de primera mano -ya como protagonista directo, ya como testigo presencial de los hechos-, se convierte en uno de los primeros intelectuales que, intencionadamente, procedieron a sintetizar en sus trabajos de creación ciertos rasgos sociales, culturales, políticos, religiosos y etnográficos que subrayan la existencia de una identidad nacional costarricense.

En este sentido, es clara la voluntad de Argüello Mora de plasmar esas señas de identidad autóctonas que singularizan a la nueva nación de Costa Rica respecto al resto de las naciones americanas recientemente emancipadas de España. Como afirma, al respecto, la profesora Valeria Grinberg Pla —una de las mejores conocedoras de la vida y la obra del escritor costarricense—, Manuel Argüello Mora, “más que llenar el vacío producido por el necesario alejamiento de España como marco de referencia histórico, tiende, al tratarse de relatos del pasado reciente relativos a la vida política del país con posterioridad a la fundación de la República de Costa Rica en 1848, a individualizar a Costa Rica respecto de las otras naciones centroamericanas”.

A la sombra, pues, de ese gran árbol protector que fue su tío Juan Rafael Mora, Manuel Argüello glosó el proceso de constitución del capitalismo agrario y el estado nacional costarricenses, y acabó convirtiéndose en figura paradigmática del escritor centroamericano de la segunda mitad del siglo XIX. Se trata de un modelo de escritor que, a caballo entre el político y periodista de la generación anterior —que compagina su febril actividad pública con la necesidad esporádica y circunstancial de verter sus vivencias y reflexiones en textos periodísticos y, ocasionalmente, literarios—, y el autor “profesional” del siglo XX, reproduce esa dimensión cívico-cultural del literato de mediados

del XIX, aunque ya más pendiente de crear, en sus escritos, un producto eminentemente literario. En este sentido, Argüello Mora es no sólo el padre de la novela costarricense y el principal impulsor de la Literatura de su pueblo, sino también uno de los primeros artistas centroamericanos conscientes de la necesidad de adaptar, a la realidad socio-cultural en la que viven, las tendencias, corrientes y escuelas que triunfan en su época en Europa (en su caso concreto, el Realismo costumbrista, aunque con especial agudeza para captar ciertos rasgos de un incipiente Modernismo).

Su obra se puebla, así, de cuadros costumbristas de intención satírica, herederos en buena medida de la prosa periodística de Mariano José de Larra, tanto en su estilo y su temática como en su modo de difusión: los principales rotativos y revistas del panorama cultural de su tiempo y lugar. Además de estos cuadros costumbristas, Argüello Mora escribió varias crónicas históricas centradas en episodios relacionados con la vida y la dimensión política e histórica de su tío; otras crónicas en las que relata algunos de los viajes que realizó en su juventud por el Viejo Continente; dos narraciones extensas que, catalogadas por el propio autor de “novelas históricas”, combinan una urdimbre argumental típicamente romántica con sucesos y personajes reales, muchos ellos coetáneos de Argüello Mora; y diez relatos de menor extensión, a los que el escritor costarricense denomina “novelitas de costumbres”, que convierten a Argüello en uno de los mejores representantes, en las Letras centroamericanas del siglo XIX, de ese realismo regionalista heredero del costumbrismo romántico.

Casi todos estos escritos —a excepción de una parte considerable de su obra periodística— aparecieron recogidos en varios volúmenes que dio a la imprenta Manuel Argüello Mora al final de su vida. Se trata de obras como:

- Costa Rica pintoresca (San José: 1899), que no es sino una interesante recopilación miscelánea de novelitas, cuentos, crónicas históricas y descripciones paisajísticas.
- Elisa Delmar (San José, 1899) y La trinchera (San José, 1899), que son sus dos “novelas históricas”, editadas por separado.
- La bella heredera. El amor a un leproso (San José, 1900), edición conjunta de dos de sus “novelitas de costumbres costarricenses”.
- Un drama en el presidio de San Lucas. Un hombre honrado. Los gemelos del Mojón (San José, 1900).

Bibliografía

BONILLA, Abelardo. “Estudio introductorio” a Manuel Argüello Mora, Obras literarias e históricas (San José: Ed. Costa Rica, 1963).

PÉREZ YGLESIA, María. “Entre la tradición y la ruptura: Manuel Argüello Mora, un humanista del siglo XIX”, en Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica, X, nº 2 (1984), págs. 63-87.

Página Web consultada:

<http://www.mcnbiografias.com/app-bio/do/show?key=arguello-mora-manuel>



Imprenta Nacional
Editorial Digital

www.imprentanacional.go.cr

COSTA RICA